

La Argentina insospechada

MA. TERESA CASTRILLÓN

Al parecer está de moda el viajar a Argentina, tal vez influye la situación económica de este país, que hace que nos resulte bastante barato. Por mi parte, nunca se me había ocurrido ir a Sudamérica, pues me atraía más Europa y pensaba que en el continente austral vería las mismas cosas que ya tenemos en México con creces.

¡Qué error! Es cierto que aquí tenemos una cultura y una tradición inigualables (comparadas tal vez a la inca) y una gran variedad de etnias, arqueología, artesanías, etc., tantas cuantas regiones hay en todo el país. Pero lo que nunca se me había ocurrido era que la Naturaleza (con mayúscula), en el hemisferio Sur es insospechada.

Había oído decir que los glaciares de la Patagonia eran únicos, pero yo, en mi ignorancia –que confieso con toda modestia–, pensaba que los glaciares eran unos icebergs y así emprendí el viaje a Argentina vía Chile.

Santiago me pareció una ciudad muy bella; larga, como lo es el país –allí no hay espacio para lo ancho cuyo máximo llega a setenta metros–, pero sobre todo me llamó la atención su nivel cultural: ahí no se ve basura en la calle, ni ambulantes; se siente la civilización que en México estamos muy lejos de tener. La gente –cosa inaudita– está contenta con el gobierno. A todos los que interrogaba en la calle estaban de acuerdo y el presidente Lagos cuenta con la aprobación de los ciudadanos. Eso a nosotros nos parece como “el sueño

del mexicano”. Los imponentes Andes nevados son el escenario de la ciudad que parece estar recargada en ellos. En Puerto Montt, encantadora ciudad fundada por alemanes a fines del siglo XIX, cuando Chile los mandó llamar para poblar esa región, se percibe un ambiente alemán; parece que está uno en Suiza; han conservado su arquitectura con casas tipo alpino, las artesanías y aún la gente habla todavía alemán.

De ahí un taxi de la agencia (como éramos las únicas pasajeras no se requirió autobús) nos hizo el “cruce de lagos”, que es atravesar los Andes bordeando los lagos bellísimos y más adelante las montañas cubiertas de nieve. Así, atravesamos la frontera con Argentina y llegamos en la noche a San Carlos de Bariloche, encantadora ciudad que parece también estar enclavada en Suiza; tiene una cultura completamente europea y por eso llama la atención que incluso tienen una orquesta de cámara reconocida en todo el mundo y que ha venido a México. Hace un frío terrible y un aire peor. El paraguas se rompió y voló por los aires y cuando quisimos comprar otro se rieron en la tienda, pues nos dijeron que allí no se usan los paraguas porque se los vuela el viento; se protegen con impermeables de plástico. En el cerro campanario nos tocó una nevada tan tremenda como bella.

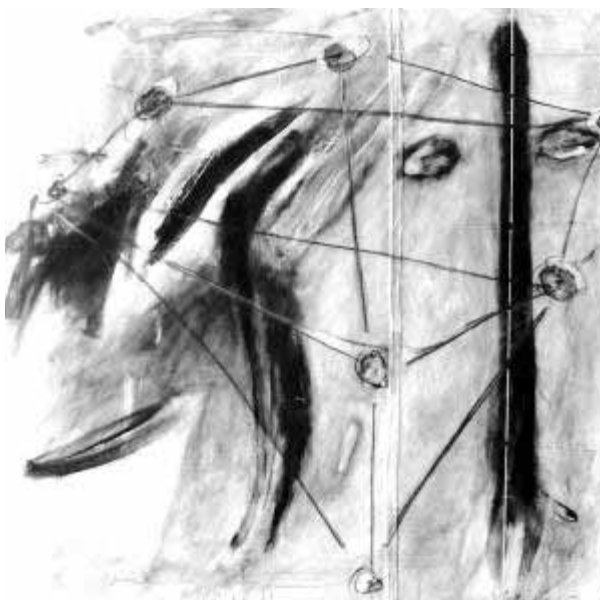
De Bariloche volamos a Calafate, que confieso, nunca había oído nombrar. Para empezar diré que calafate es una frutita del tipo de las moras, que abunda en ese lugar y con las que se hace una bebida, así como mermelada y otras cosas.

Esta pequeña ciudad es importante, porque de ahí se parte en barco a los glaciares. El primero que vimos y el más importante es el Perito Moreno. Perito (experto) es el título que tenía el científico que delimitó la frontera entre Chile y Argentina en esa latitud y al que se le deben muchas investigaciones.

Tomamos la embarcación que lleva al glaciar, que es el más alto. Llegar allí es encontrarse ante un mundo

insospechado. No son icebergs; es una infinidad de hielos gigantescos que bajan desde la cumbre de los Andes entre dos montañas y que se han ido acumulando durante miles de años y parecen estáticos, aunque se van desplazando imperceptiblemente hasta llegar al Lago Argentino. El hielo es tan compacto que su color es azul, debido a que no hay partículas de aire en ellos, es un azul que varía desde el azul claro hasta el azul tinta. No hay palabras para describir tanta belleza, uno solamente se queda con la boca abierta (en sentido literal). Nos habían explicado que a veces se desprendían enormes trozos de hielo que caían con estrépito al agua, haciendo más impresionante la vista. Pues para colmo de nuestra suerte, vimos cómo empezó a caer en cámara lenta un gran pedazo, que dejó un hoyo azul oscuro. Apenas estábamos saliendo de nuestro asombro, cuando un segundo trozo se precipitó, tapando el agujero. ¡La naturaleza cambió tres veces en cinco minutos ante nuestros ojos! Después hicimos el recorrido por la parte superior y el espectáculo es impresionante: el torrente de témpanos que forman el glaciar se extiende hasta donde alcanza la vista en un espectáculo indescriptible.

Al día siguiente hicimos el recorrido por otros brazos del lago al que desembocaban otros tres glaciares.



Juan Ramón Lemus

Igualmente grandiosos. Aquí además hay un río de témpanos en donde cada uno es como una escultura azul. Algunos parecían monumentos de cristal, que emergían del agua verde lechoso típica de los glaciares (debido a partículas de las rocas) haciendo un contraste único. La embarcación los va sorteando y uno quisiera llevarse cada momento impregnado en la retina. De pronto un enorme iceberg (el típico picudo) empezó a ladearse lentamente como el Titanic y cuando estuvo totalmente vertical se sumergió idéntico. Fue espectacular. De Calafate subimos a Buenos Aires en avión y de ahí fuimos a las cataratas de Iguazú. El guía nos había dicho que cuando llegáramos al final de la pasarela viéramos las cataratas, pidiéramos tres deseos. Cuando llegamos fue tal mi estupor que me salió del alma decir “¡Señor, qué te puedo pedir, si me estás dando toda esta maravilla!” Sentí la presencia de un gran Creador.

Al día siguiente las vimos del lado argentino. Íbamos de pasmo en pasmo, pues en cada esquina de la pasarela, en cada vuelta, en cada metro se quedaba uno admirado. Después de atravesar los 3 kilómetros y medio de ancho del Río Paraná en medio de paisajes selváticos hermosísimos, llegamos a la “Garganta del diablo”. Ahí es el acabose. Se juntan Brasil y Argentina en un espectáculo desbordante; parece que todo el río Paraná se lanzara con estrépito al vacío. Numerosos arco iris surcan las chispas de agua que invaden el espacio y uno se queda como embrujado y no quisiera desprenderse de ese lugar. Todavía al recordarlo revivo esos momentos inolvidables.

Europa es bellísima, los Alpes son maravillosos, los lagos de la región de Salzburgo son hermosos, pero en Sudamérica hay todo eso, pero “a lo bestia”. La naturaleza es desbordada, te apabulla, te invade, te deja sin habla. Hay que ir, porque mi pobre lenguaje ni ningún otro estarían a la altura de esas maravillas y todo lo que uno oye, no basta para describirlo. Sólo viéndolas. 🗿